

El itinerario vital de Agustín

“¡Nos hiciste para Ti
y nuestro corazón está inquieto
hasta que descansa en Ti!”
(conf. 1,1,1).

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

La vida de Agustín de Hipona es la historia de un recorrido intelectual en busca de la verdad que le llevó de la retórica a la filosofía, del maniqueísmo al neoplatonismo, y de éste al cristianismo.

Agustín nació el 13 de noviembre año 354 en Tagaste, una pequeña ciudad romana del norte de África, cerca de Numidia, en lo que ahora es Argelia. Su padre Patricio, modesto funcionario municipal, era un hombre no creyente, cariñoso y vehemente a la vez. Tenía dos hermanos, Navigio y Perpetua. Su Madre se llamaba Mónica. Quien trabajó y rezó largamente por su conversión. En la búsqueda de salvación de su familia, Mónica encontró su camino de santidad.

Agustín vivió en una época de bamboleo social y política: La crisis y caída del Imperio Romano. Es uno de los exponentes de la Patrística, recurrir al platonismo para fijar el dogma cristiano y combatir las herejías, beneficiando inintencionadamente, a la difusión de la cultura griega en la Edad Media. Fue un hombre prolífico.

Agustín aprendió las Artes Liberales: *Trívium*, los saberes humanos: Dialéctica, retórica y filosofía. *Quadrívium*, los saberes exactos: Aritmética, geometría, música y astronomía.

Adolescente, se hunde en los vicios. La brillante inteligencia y su fiel memoria le predisponían mucha facilidad para los estudios. Ese hecho inclinó a su padre, cuando Agustín terminó los estudios en Tagaste y Madaura, a pensar en mandarlo a Cartago, la capital romana del norte de África, donde podría proseguir su formación intelectual y llegar a ser un acreditado jurista.

El año que Agustín pasó esperando que su padre reuniese el dinero suficiente para ello, fue funesto para él. Estaba en la exuberancia de sus dieciséis años, lleno de vida y quimeras, y se perdió moralmente debido a la influencia letal de malos compañeros, que llevaban una vida disoluta.

Declara Agustín en su obra *Confesiones*:

“ *Hubo un tiempo en mi adolescencia en que me abrasé en deseos de hartarme de las cosas más bajas. Tuve asimismo la audacia de liarme en la espesura de amores diversos y sombríos. Quedó quebrantada mi hermosura y me convertí en un ser infecto ante tus ojos [Oh, Dios], por darle gusto a los gustos personales y por desear quedar bien ante los ojos de los hombres”* (conf. 2,1,25).

Seducido por la herejía maniquea. En busca de la vana curiosidad, dice:

“ *Vine a caer en manos de unos hombres sumamente orgullosos, superficiales y charlatanes a más no poder. En su boca sólo había trampas diabólicas y una especie de cinta pegajosa hecha a base de las sílabas de tu nombre [Dios]”* (conf. 3,6,46).

Estos eran los herejes maniqueos. Agustín se volverá uno de sus ardientes defensores, pervirtiendo para la secta a varios amigos católicos. Durante 9 años permanecerá en sus redes.

El año 375, habiendo terminado sus estudios, volvió a Tagaste, donde enseñó con éxito gramática y retórica. Como se obstinaba en la herejía, su madre no quiso acogerlo en casa. Habiendo sin embargo consultado a un obispo al respecto, éste la aconsejó de recibirlo, diciendo que un hijo de tantas lágrimas no podía perderse. Mientras tanto, luego de la muerte de un amigo muy íntimo, para olvidar el dolor, Agustín volvió a Cartago, donde continuó enseñando retórica con el mismo brillo.

A pesar de ser maniqueo, Agustín tenía muchas dudas al respecto de lo que le era enseñado por la secta.

En el camino a la conversión y a la santidad. A los 29 años, aún inquieto en busca de la verdad por la cual aspiraba, Agustín resolvió ir a Italia. En Roma enseñó retórica, pero acabó trasladándose a Milán. Allá, su madre fue a vivir con él.

La lectura de las Epístolas de san Pablo, la influencia de su madre, Mónica, y del obispo de Milán, Ambrosio, lo llevaron a aproximarse a los cristianos. Como él lo narra en sus Confesiones, después de los zarandeos de sus vacilaciones vive un momento intenso de dilaceración interior. Tal compunción lo decide a convertirse. Pero ese proceso de conversión duró tres años.

Agustín en un momento de su vida vivió ansioso de felicidad, la buscó y fue tras ella; pero en un instante de perspicacia y claridad, se dio cuenta que la tenía dentro, muy dentro de su corazón, hasta llegar a exclamar en su obra de las Confesiones:

“ *¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! y tú estabas dentro de mí y yo afuera,*

y así por de fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas que tú creaste” (conf. 10,27,29).

Al fin, en la víspera de la Pascua del año 387, es bautizado por san Ambrosio juntamente con su hijo Adeodato y varios discípulos. Después del bautismo, Agustín resolvió regresar a África.

En Ostia, cerca de Roma, tiene lugar el famoso éxtasis en que él y su madre Mónica son arrebatados cuando consideraban la vida futura. Poco antes había fallecido su hijo, a los quince años de edad. Y santa Mónica pronto lo sigue a la tumba.

Es el pueblo el que lo aclama para ser sacerdote y después obispo. Luego de ser ordenado, la primera cosa que Agustín hizo fue pedirle al obispo un lugar para erigir un monasterio como el de Tagaste. Pronto poblado de almas electas bajo la dirección suya, de ese granero saldrían por lo menos diez obispos para las diócesis vecinas.

El año 430 los bárbaros vándalos invadieron el norte de África y cercaron Hipona. Consumido por la tristeza, pues veía en aquello la mano de Dios que castigaba, Agustín fue víctima de una fiebre que lo postró en el lecho. Teniendo siempre presente su anterior vida pecaminosa, mandó que escribiesen en la pared de su cuarto los salmos penitenciales, para tenerlos delante de los ojos en todo momento, hasta entregar su compungida y noble alma a Dios.

Mereció el glorioso nombre de Doctor y defensor de la gracia, por la refutación que hizo de la errada doctrina de la gracia, predicada por el pelagianismo.

Los puntos esenciales a presentar en **El itinerario vital de Agustín** están relacionados entre sí y ayudan a dar un discernimiento de la vida y obra de Agustín:

1. Breve biografía
2. Huellas de Agustín

3. Alcanzar la felicidad
4. El secreto de la felicidad
 - a. Camino de conversión
 - b. Felicidad en Dios
5. Camino itinerante de Agustín
6. Su paso filosófico

Indubitablemente, este itinerario vital de Agustín de búsqueda para encontrar la verdad culminó con la conversión y de inmediato con el bautismo, pero no se concluyó en aquella Vigilia pascual, cuando en Milán el retórico africano fue bautizado por el obispo san Ambrosio. El camino de conversión de Agustín continuó sencillamente hasta el final de su vida, y se puede decir con verdad que sus diferentes etapas, se pueden distinguir fácilmente tres, son una única y gran conversión.

1. Breve biografía

Sus primeros estudios los realizará en Tagaste, continuándolos, en el año 365, en la cercana ciudad de Madaura (aunque se verá obligado a interrumpirlos el año 369 por dificultades económicas); a partir del año 370 estudiará en Cartago, dedicándose principalmente a la retórica y a la filosofía, destacando de una manera especial en retórica, y encontrando dificultades en el aprendizaje de la lengua griega, que nunca llegó a dominar.

Gracias a los esfuerzos de su madre, Mónica, que le había educado en el cristianismo desde su más tierna infancia, Agustín llevará en Cartago una vida disipada, muy alejada de las pretensiones de aquella, orientada hacia el disfrute de todos los placeres sensibles. En esa época convivirá con una mujer (cuyo nombre no nos revela en sus Confesiones, con la que mantendrá una relación apasionada y con la que tendrá un hijo, Adeodato, el año 372.

La lectura del Hortensio de Cicerón le causará una honda impresión que le acercará a la filosofía, adhiriéndose a las teorías de los maniqueos, hacia el año 373. Luego de un año en Tagaste, donde enseñará retórica, regresa a Cartago, donde abrirá una escuela en la que continuará sus enseñanzas hasta el año 383 en que, tras el encuentro con Fausto, a la sazón el más destacado representante del maniqueísmo norteafricano, decepcionado, abandonará el maniqueísmo.

Ese mismo año se trasladará a Roma, y luego a Milán, donde enseña retórica. De nuevo la lectura de Cicerón, ya abandonado el maniqueísmo, le acercará al escepticismo de la Academia nueva, hasta que escucha los sermones del obispo de Milán, Ambrosio, que le impresionarán hondamente y le acercarán al cristianismo. En este período descubre también la filosofía neoplatónica, leyendo las traducciones que había hecho de Plotino al latín Mario Victorino, y lee también las epístolas de san Pablo.

La conversión del corazón sobrevino poco después, de un modo inesperado, haciéndose al mismo tiempo cristiano y monje, influido por un ideal de perfección.

Agustín concibió una voz que clamaba: “tolle, lege”, y que traduce: “toma, lee”. Esto lo estimuló a leer al Apóstol Pablo, en la que tropieza las palabras que en definitiva lo transbordaron a la conversión. Dice, Agustín:

“

Lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que cayó ante mis ojos: No en las comilonas ni borracheras; no en fornicaciones ni en rivalidad, ni envidia; sino re-vestíos de nuestro Señor Jesucristo y no hagáis caso de la carne para satisfacer sus concupiscencias” (Rm 13,13-14).

En el año 386 se convierte al cristianismo. Ese mismo año se establecerá en Casiciaco, cerca de Milán, con su madre, su hijo y algunos

amigos, y comienza a escribir sus primeras Epístolas. El año siguiente se bautiza en Milán y opta por una vida ascética y casta. Tras la muerte de su madre, se traslada a África el año 388, estableciéndose en Tagaste donde fundará un monasterio en el que permanecerá hasta el año 391.

Dicho año se trasladará a Hipona, (actualmente Annaba, también en Argelia), ciudad cercana a Tagaste, en la costa, donde será consagrado sacerdote por el obispo Valerio. Allí fundará otro monasterio, en terrenos cedidos por el obispo, desarrollando una fecunda actividad filosófica y religiosa, destacando el carácter polémico contra las diversas herejías (donatistas, pelagianistas) a las que se enfrentaba el cristianismo, y que Agustín consideraba el principal problema con el que habría de enfrentarse.

El año 396 es nombrado obispo auxiliar de Hipona por Valerio, pasando a ser titular tras la muerte de éste. En los años 418 y 422, en plena descomposición del imperio tras el saqueo de Roma por Alarico, participa en el concilio de Cartago y continua su activa producción filosófica y religiosa que abarcará más de 100 volúmenes, sin contar las Epístolas y Sermones. El año 430, estando sitiada Hipona por las huestes de los vándalos de Genserico, morirá, poco antes de que la ciudad fuera completamente arrasada.

La vida temprana de Agustín está rodeada de un velo de misterio que el mismo santo Obispo nos irá descubriendo, para develarnos una persona inquieta, en infatigable búsqueda de Dios. Él mismo fue su mejor biógrafo. Deseaba entregar su testimonio a los que como él peregrinan al seno del Padre. Agustín traza en sus Confesiones, aquel “diario” de profundidad casi inmensurable, un conmovedor itinerario espiritual de la persona hacia la Verdad. “Yo deseo conocer a Dios y mi propia alma”, expresará más tarde en los Soliloquios.

Agustín aparece como el buscador incansable de la felicidad, la que sólo se puede hallar en la verdad. Para encontrarla no se echará atrás ante las mayores dificultades, por muy grandes y amenazantes que

parezcan. “Anhela la verdad en vistas a la felicidad. No ha concebido jamás la felicidad como posible aparte de la verdad”, escribió el filósofo Étienne Gilson. El objetivo que se trata no es simple. Se trata de conocer la verdad y conformar su vida de acuerdo con ella.

La fe es, para el Hiponense, verdad para la inteligencia y vida para el corazón.

Cuantiosos fueron sus escritos en los cuales proporciona numerosa información sobre sí mismo. De hecho, una de las principales fuentes documentales para el conocimiento de su existencia son sus famosas Confesiones, escrito autobiográfico que provee reseñas desde su nacimiento hasta la muerte de su madre Mónica, acontecida en Roma en el año 387. Junto a ellas, la Vita Sancti Augustini, compuesta entre los años 431 y 439, es decir, inmediatamente después de la muerte de Agustín, por su amigo y compañero, el obispo de Calama, san Posidio, facilita nutrida información de su etapa como obispo de Hipona.

Su primera obra fue escrita a los 27 años, De pulchro et apto –Sobre lo bello y lo conveniente–, en la actualidad perdida. Ya por entonces su entusiasmo por el maniqueísmo había comenzado a declinar. Grandes dudas se le trazaban a las cuales la enseñanza de Mani no era capaz de proporcionar solución. La entrevista que tuvo con el obispo maniqueo Fausto para tratar diversos temas, no hizo sino aumentar sus sospechas hacia el maniqueísmo dada la escasa talla intelectual de éste. Hacia el 400, refutará a los maniqueos en Contra Fausto.

2. Huellas de Agustín

Agustín de Hipona, como pedagogo, filósofo, teólogo y retórico, ha evidenciado todo un proceso histórico en nuestras vidas, su actividad, sus escritos tienen un marcado fin pedagógico. Después de salir de la escuela se dedicó a la docencia y, durante trece años, enseñó la gramática y la retórica en Tagaste, en Cartago, en Roma y en Milán. “Como el Principio de un hecho es partir, y la culminación es la

llegada; la tarea del aprendizaje es el comienzo, y la culminación, la comprensión o asimilación de la doctrina” (ciu. 7,9,1).

Así como Agustín de Hipona está también, Miguel de Cervantes Saavedra, que fue un novelista, poeta, dramaturgo y soldado español. Considerado la máxima figura de la literatura española y es universalmente conocido por haber escrito el ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, sus huellas han marcado todo un historial de vida plantado en el corazón de sus lectores y seguidores. Como dice, él: “El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”.

Agustín con ese buscar para encontrar se dio cuenta que el amor impulsa y fortalece la actividad de conocer y a la vez proporciona sentido y mueve la búsqueda que el hombre emprende: acercarse al amor de Dios en el camino a la felicidad,

“

ama y haz lo que quieras. Si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Si tienes el amor arraigado en ti, ninguna otra cosa sino amor serán tus frutos” (ep. Io. 7,8).

Amar no es tan sencillo, esa es la dificultad. Como lema está muy bien, pero a la hora de especificarlo, brotan los inconvenientes. Porque a veces aquello que creo que es amor no dura en el tiempo. Otras veces, detrás de un acto supuestamente generoso, descubro que me estoy buscando a mí mismo; que en realidad me ofusco si no se me gratifica lo suficiente. Quiero amar, pero depende de a quién.

En Agustín de Hipona no sólo como retórico, sino, incluso, como escritor, es claro que la palabra es portadora de significados no de co-sas: De la boca del hablante procede no la realidad conocida sino el signo con que es conocida. No equivalen a esto o lo otro, sino que lo implican, las palabras son signos en el sentido de que instruyen no

ofreciendo la equivalencia absoluta, sino indicando la dirección en que habrá que explorar, semejantes a flechas indicadoras, más que a contenidos definidos o definibles.

Innegable es el que se enfrente a su retórica en sus escritos o quien resuelva inspeccionarlos y meditarlos, descubre una mente hondamente sistemática, en la que los sutilísimos análisis de que es apto, se van integrando en eficaces síntesis, construyendo un edificio complejo y tenazmente instaurado, y a la vez no cerrado, sino que abierto a nuevos progresos.

Como autoridad irrefutable para los teólogos cristianos de la Edad Media. Su saber filosófico estuvo contrapuesto a todo un conjunto de prácticas griegas, judías y árabes a las cuales sus herederos tuvieron que adaptarse. Aunque sea factible asemejar elementos adecuadamente agustinianos en muchos autores medievales, el agustinismo en su conjunto constituye una corriente heterogénea en la cual los temas predilectos del obispo de Hipona fueron estudiados e interpretados de muy diversas maneras.

Hay otras huellas que es bien consultadas y se encuentran en la Biblia, que son ejemplo a seguir. En la carta a los hebreos, leemos:

“

Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo: Ella penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Ninguna cosa creada escapa a su vista, sino que todo está desnudo y descubierto a los ojos de aquel a quien debemos rendir cuentas” (Hb 4,12-13).

Dios conoce cada rincón de nuestro ser, cada pensamiento, cada sueño, cada anhelo, cada caída, cada lucha. Él está ahí porque fueron sus propias manos las que modelaron nuestra existencia.

Agustín en su libro de las Confesiones, que ha sido aplaudido, selló innegables expresiones que han dejado vestigios e inspiran hoy como ayer en la búsqueda por la verdad, que no es sino la búsqueda de Dios. Es considerablemente aceptada como la primera autobiografía occidental jamás escrita, y se convirtió en un modelo para otros autores cristianos de los siguientes siglos. No es una autobiografía completa pues fue escrita tras sus primeros 40 años de vida y vivió hasta los 76, tiempo durante el cual produjo otros importantes trabajos, entre ellos La ciudad de Dios. De todos modos, proporciona gran información sobre la evolución de su pensamiento en sus primeros años. El libro es un acabado trabajo de filosofía y también un importante aporte a la teología.

Nos hiciste para ti

(conf. 1,1,)

*Grande eres, Señor, y digno de toda
alabanza.*

*Grande es tu poder,
tu sabiduría no tiene límites.*

*Y este hombre, pequeña migaja de tu
creación, quiere alabarte.*

*Precisamente este hombre,
que es un amasijo de fragilidad,
que lleva aún pegada la etiqueta de su
pecado, y es la mejor demostración
de lo que es la soberbia.*

*A pesar de tanta miseria,
este hombre quiere alabarte.*

*Y eres tú mismo quien lo estimulas
a que encuentre deleite en ello.
Porque nos hiciste, Señor, para ti
y nuestro corazón está inquieto
hasta que descanse en ti. Amén.*

Agustín consagró su vida a reintegrar la unidad rota a la Iglesia de África. Destacó por su entusiasmo, su espíritu conciliar y conciliador, su generosidad y por su apuesta por el diálogo. Todo ello facilitó que católicos y donatistas alcanzasen la reconciliación, haciendo de Agustín de Hipona una referencia para el ecumenismo del nuevo milenio.

3. Alcanzar la felicidad

Al hablar de la felicidad no se reduce al bienestar afectivo de un organismo adaptado a su medio. El hombre debe saber y pensar para construir su vida. No puede desatender ni su libertad, ni su responsabilidad ante el compromiso voluntario de su propia acción; ya que, ser feliz supone que el hombre sea capaz de lograr un equilibrio que supere sus contradicciones y sus conflictos. Si el hombre quiere ser feliz, no debe olvidar su fragilidad y su flaqueza, pues, la felicidad es el resultado de una conquista de lucha primero sobre él mismo y luego sobre un mundo en el que debe tener en cuenta no solamente las fuerzas naturales, sino también a los demás, somos frágiles y eso nos marca en la vida.

Cuando estás satisfecho con la vida porque has logrado Alcanzar tus metas, logros y ganas dinero por hacer lo que te hace feliz, llega la hora de alimentar tu corazón. Puedes acercarte a tu hermano y ayudarlo también a él a ser feliz, hacerlo te hará feliz. Sería genial que compartieras y comentaras tus experiencias de cómo has logrado alcanzar la felicidad.

Agustín, dice: “Crean lo que aprenden, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan”. Somos la obra de las manos de Dios a través

de su Palabra. Todo lo que nuestro Alfarero hace con nosotros se siente enérgicamente. Todo duele. Toda causa herida. Pero todo es necesario para que nosotros como vasijas de barro seamos elaborados, así como Él quiere. Por tanto, un alfarero es la persona que toma la arcilla y la convierte en cerámica.

Dios es el Alfarero y nosotros somos barro en manos del alfarero. Somos frágiles. Por eso “vive la vida que amas. Ama la vida que vives” (s. 21,8), luchando constantemente y siendo siempre feliz.

“La felicidad que se vive deriva del amor que se da, y más tarde ese amor será la felicidad de uno mismo” (en. Ps. 34). Es clara la súplica de Agustín que el hombre está perennemente buscando la felicidad. Ese camino vital de la felicidad no es resultado de lo que disfrutamos, sino de lo que proveemos. El ejemplo lo hallamos con el maestro, que trabaja y sirve con entusiasmo; acepta realizar un compromiso cuando se lo requieren y considera que es apto para ello. Facilita el cumplimiento del sabio y saludable principio de la rotación en los oficios o funciones. “Lo que amas eres” (ep. Io. 2,14), enseña Agustín y el amor es el estado en que la felicidad de otra persona es esencial para todos.

Agustín, dice: “La felicidad verdadera y segura en sumo grado la alcanzan, ante todo, los hombres de bien que honran a Dios, el único que la puede conceder” (ciu. 2,23,1). Así lo articulaba cuando señalaba que en el camino a la felicidad “nadie es feliz contra su voluntad” (tr. 13,8) y que la felicidad depende de nosotros mismos.

Haz lo que debes hacer y hazlo bien. Agustín sufre en su propia carne la tortura de no conocer la verdad porque no se conoce.

“

“Señor, cierto que tú estabas delante de mí; pero, como yo había huido de mí mismo no me encontraba ¿Cómo iba a encontrarte a ti”? (conf. 5,2,2).

La felicidad no se somete al bienestar afectivo de un cuerpo proporcionado a su medio. La felicidad es el significado y el propósito de la vida, el fin de la existencia humana. El hombre debe reflexionar para construir su vida según unos valores y principios. “No se entra en la verdad sino con el amor” (c. Faust. 32,18).

Sabe el hombre que en Dios está el camino a la felicidad. Agustín, escribe: “Dios es el fin del hombre, la estrella que le ilumina, su meta y su Fin último” (ciu. 2,23,1). “Dios es fuente de nuestra felicidad y meta de nuestro apetito” (ciu. 10,3,2). Es como la ley de vida que uno mismo va identificando cuando, poco a poco, se da cuenta de dónde están los límites, dónde el sentido del respeto, la convivencia que nos permite disfrutar en armonía los unos de los otros. Aunque en ocasiones cae como un regalo del cielo, la felicidad suele ser como esa bella dama a la que tienes que conquistar. “No basta con conocer; es preciso saber” (conf. 3,6).

La felicidad requiere de coraje para tomar decisiones en las que creemos, ser fieles a nuestras ideas y arriesgarnos por lo que amamos. Es significativo que nuestras leyes de vida partan de la ética y del respeto a los que nos rodean. No quieras para los demás lo que no deseas para ti. El hombre no es otra cosa sino lo que hace de sí mismo y es lo que él desee ser. El compromiso es un hecho, no una palabra, por eso se nos invita a reflexionar acerca de tres aspectos que, sin duda, servirán de ayuda: vive sin aparentar, ama sin depender y habla sin ofender.

Al aceptar la felicidad como gozo de la verdad, llega al desenlace que “cada hombre es lo que ama” (diu. qu. 83). Su experiencia de la felicidad en el camino la descubrió en Dios, la Verdad misma que daría sentido a sus incógnitas; el que tiene a Dios lo tiene todo; el que tiene todo menos a Dios no tiene nada. Hay que vivir sin aparentar, amar sin depender y hablar sin ofender. “No es lo mismo vivir que vivir felizmente” (conf. 13,4,5). “Lo que amas eres” (ep. Io. 2,14). La felicidad no es algo ya hecho. Viene de tus propias acciones.

“Nadie es bueno en su interior si actúa por la fuerza; aunque sea bueno lo que hace” (conf. 12,9). Uno de los mensajes del Papa Francisco, es que

“

hacer el bien a todos, sin importar quién sea el otro, es un bello camino hacia la felicidad y es un deber de toda persona humana sin importar si es creyente o no”.

Solicita firmemente que hacer el bien no es cuestión de fe, es un deber, “es un carné de identidad que nuestro Padre ha dado a todos porque nos ha hecho a su imagen y semejanza, que fuimos hechos para parecernos a Dios” (Gn 1,26). Y, Él hace el bien siempre y nos persuade a ser felices.

El camino a la felicidad es la sabiduría en Dios. Esta felicidad es la sabiduría, el conocer y poseer la verdad que solo se puede hallar en Dios que para Agustín es el bien Supremo del hombre y solo con este bien supremo se puede llegar a la felicidad. Los hombres están siempre dispuestos a curiosear y averiguar sobre las vidas ajenas, pero les da pereza conocerse a sí mismos y corregir su propia vida. “En la búsqueda de la verdad no hay mejor medio que el de las preguntas y respuestas” (sol. 2,7).

“Revelamos que Dios es camino a la felicidad. Cristo el Señor se humilló para que nosotros aprendiéramos a ser humildes” (s. 272). La felicidad consiste en conocer y poseer a Dios. Enseña que la felicidad radica en el proceso de tomar con alegría lo que la vida nos proporciona.

4. El secreto de la felicidad

El probado secreto del camino a la felicidad reside en requerir mucho de sí mismo y muy poco de los otros. Gloriosas las frases de Agustín de Hipona que combatió para alcanzar el camino de la felicidad, con su paso a la conversión, aludiendo cómo el Señor le transportó de las

tinieblas a la santidad. Qué gozo para el creyente evidenciar esa obra de arte, que Dios hizo en Él.

Ese secreto a la felicidad es cuando lo que piensas, lo que dices y lo que haces, está en armonía. La felicidad no consiste en buscar, se trata de experimentar, de sentir, de fluir, de cambiar ciertos patrones antiguos. ¿Por qué parece tan complejo ser feliz? Sí, muchos se preguntan eso muchas veces. Quizás nos ocurre como a todos ellos, la famosa “zona de confort” ya no es suficiente, sino que más bien, resulta una “incómoda comodidad”.

En el marco de este enfoque, se plantea que la confesión de Agustín es un tipo de práctica filosófica que, a partir del autoexamen, promueve el reconocimiento de sí y de los otros, de modo que se hace serena para la transformación de nuestros modos de vida y nuestras relaciones con los demás. Con todo, se sustenta la idea de la pertinencia de este género de escritura agustiniano en los propósitos de la educación para felicidad.

“Donde hay unidad, hay comunidad” (s.103). ¿Hay alguien que no quiera ser feliz? Pregunta que hemos realizado en varias ocasiones y por lo general todos quieren ser feliz. La cuestión que surge de forma inmediata es, si todos lo buscamos, ¿por qué el caos se sigue incrementando?

Agustín de Hipona, dice:

“ Parte de la vida hemos vivido indagando cosas, buscando crecer, buscando afinar, buscando nuevas tecnologías, buscando aprender, compartir lo aprendido, seguir buscando más y más”.

Es una realidad, algo sucede cuando logras lo que anhelabas y es que a deseo alcanzado deseo desechado. ¿Por qué? Se supone que debería darnos la tan anhelada felicidad, pero esto no dura más que un

segundo y luego comienza nuestra mente concreta a indicarnos que algo nuevo se debe realizar, porque nos dará más felicidad o plenitud. O, por el contrario, nos quedamos recordando ese gran éxito alcanzado por días, semanas, años o incluso lo que resta de vida.

¿Cuál es el mensaje que se observa en este último apartado? Que cuando la felicidad se sujeta al tiempo se cambia. Si yo quiero llegar a ser feliz, esto implica que necesito tiempo para alcanzarlo y ahí está la astucia. Por otro lado, si vinculo la felicidad a una cosa o situación externa, al momento de lograrlo, si el tiempo se atajase percibiría la plenitud, pero la cosa o la situación no es estática, es dinámica y como el tiempo sigue corriendo y yo me alejo de lo alcanzado, genero una nueva necesidad con el afán de volver a experimentar esa plenitud.

La felicidad es interior, no exterior; por lo tanto, no depende de lo que tenemos, sino de lo que somos. El problema no está en que seamos felices, no hay problema con ser feliz. El problema llega cuando hacemos de la felicidad un fin que debemos y tenemos que lograr. Cuando esto sucede, entonces pensamos que Dios existe para que seamos felices y esto es un pensamiento delicado.

“La sabiduría es la medida del hombre” (beata u. 4,43).

Agustín dice que estamos llamados a ser felices. “Cada quien ofrece lo que tiene en su corazón, por eso al juzgar a una persona no precisa quien es ella. Precisa quién eres tú”, expresa Agustín. Juzgar a los demás, teniendo o no la información suficiente, siempre será un error. Primero, porque nadie es quien para hacerlo y segundo, porque tal y como dice la psicología, seguramente nos equivocaremos.

La felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace. Porque quien es auténtico, asume la responsabilidad por ser lo que es y se reconoce libre de ser lo que es. “Las cosas son bellas si se las ama” (s. 101,6). Muchos son los pensadores que a lo largo de la historia han amado su profesión y en el momento reflexionan sobre los

secretos de ser felices y cómo conquistar. El ejemplo lo logramos con los filósofos griegos que se plantearon dos preguntas esenciales: Qué es la felicidad y qué hace felices a las personas. Sus réplicas dieron lugar a tres posturas diferentes:

- Aristóteles, “La felicidad depende de nosotros mismos”.
- Séneca, “Las grandes bendiciones de la humanidad están dentro de nosotros y a nuestro alcance”. La corriente del hedonismo. Su máximo representante, Epicuro, “la felicidad personificaba experimentar placer, tanto a nivel físico como intelectual, huyendo del sufrimiento”.

La humanidad ha pedido siempre ser feliz. Como dijo, Séneca en su *De vita beata*, “todos los hombres, hermano Galión, quieren vivir felices”. Anhelamos ser felices y por ello tratamos de averiguar qué es. Sin embargo, cada persona tiene una respuesta, una definición de felicidad diferente, y es esencialmente esta disparidad de opiniones ante una cuestión tan trascendental en la existencia del ser humano una de las razones de la aparición de la ética en la antigua Grecia.

El secreto de la felicidad reside en exigir mucho de sí mismo y muy poco de los otros. Agustín de Hipona, dice: “Es mejor cojear por el camino que avanzar a grandes pasos fuera de él. Pues quien cojea en el camino, aunque avance poco, se acerca a la meta, mientras que quien va fuera de él, cuanto más corre, más se aleja”.

La felicidad que se vive deriva del amor que se facilita. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Estas son dos de las grandes preguntas que el hombre se ha hecho a sí mismo, pero hay otra pregunta más significativa: ¿Cómo podemos vivir felices? “En la búsqueda de la verdad no hay mejor medio que el de las preguntas y respuestas” (sol. 2,7).

Demostramos que el saber cristiano sí puede fundamentar la intervención de Dios en la felicidad mediante la razón y la fe que la perfecciona. Esto lleva al descubrimiento, para algunos, de que la única

manera de ser felices es incluyendo a Dios en nuestras vidas mediante la verdad y las virtudes que nos asemejarán más a él, pero siempre teniendo en cuenta que son los actos que hacemos los que tienden a la felicidad y que estos deben de ser posibles ya que si fueran actos quiméricos esto inventaría fracaso para el hombre y refutaría de momento la posibilidad de ser feliz. “El dar es mérito para recibir” (ep. 266).

Agustín pide perdón a Dios. Ante los demás, pide que en lugar de aprovecharse o tomar en burla a quien confiesa, sigan ese mismo camino: que confiesen también sus pecados. La humildad de la confesión clama por otro acto de humildad. Lo relevante, pues, de la confesión no se encuentra en la información que brinda sobre el pecador, sino en que invita a quien escucha a superar también el dolor, a superar la queja: a confesar; a que los lectores también se acerquen al perdón.

a. Camino de conversión

La autobiografía de Agustín de Hipona que la encontramos en sus Confesiones, es una expresión personal de su propia conciencia. Cualquiera que se acerque a este extraordinario y fascinante libro, muy leído todavía hoy, fácilmente se da cuenta de que la conversión de Agustín no fue repentina ni se realizó plenamente desde el inicio, sino que puede definirse más bien como un auténtico camino, que sigue siendo un modelo para cada uno de nosotros.

Indubitablemente, este camino de búsqueda para encontrar culminó con la conversión y de inmediato con el bautismo, pero no se concluyó en aquella Vigilia pascual del año 387, cuando en Milán el retórico africano fue bautizado por el obispo san Ambrosio. El camino de conversión de Agustín continuó sencillamente hasta el final de su vida, y se puede decir con verdad que sus diferentes etapas -se pueden distinguir fácilmente tres- son una única y gran conversión.

1. Agustín buscó apasionadamente la verdad: Lo hizo desde el inicio y después durante toda su vida. Esta primera etapa de su conversión se efectuó necesariamente en el acercamiento progresivo al cristianismo. En realidad, había recibido de su madre, Mónica, a la que siempre estuvo muy unido, una educación cristiana y, a pesar de que en su juventud había llevado una vida desordenada, siempre sintió una profunda atracción por Cristo, habiendo bebido con la leche materna, como él mismo subraya (conf. 3,4,8), el amor al nombre del Señor.

Asimismo, la filosofía, sobre todo la platónica, había contribuido a acercarlo más a Cristo, manifestándole la existencia del Logos, la razón creadora. Los libros de los filósofos le indicaban que existe la razón, de la que procede todo el mundo, pero no le decían cómo alcanzar este Logos, que parecía tan lejano.

Sólo la lectura de las cartas del Apóstol Pablo, en la fe de la Iglesia católica, le reveló plenamente la verdad. Agustín sintetizó esta experiencia en una de las páginas más famosas de las Confesiones:

“ *Cuenta que, en el tormento de sus reflexiones, habiéndose retirado a un jardín, escuchó de repente una voz infantil que repetía una cantilena que nunca antes había escuchado: ‘tolle, lege; tolle, lege’, ‘toma, lee; toma, lee’ (8,12,29). Entonces se acordó de la conversión de san Antonio, padre del monaquismo, y solícitamente volvió a tomar el códice de san Pablo que poco antes tenía en sus manos: lo abrió y la mirada se fijó en el pasaje de la carta a los Romanos donde el Apóstol exhorta a abandonar las obras de la carne y a revestirse de Cristo” (Rm 13,13-14).*

Agustín había entendido que esas palabras, en aquel momento, se dirigían personalmente a él, procedían de Dios a través del Apóstol

y le indicaban que debía hacer en ese momento. Así sintió cómo se disipaban las tinieblas de la duda y quedaba libre para entregarse totalmente a Cristo (conf. 8,12,30).

Agustín alcanzó esta etapa fundamental de su largo camino gracias a su pasión por el hombre y por la verdad, pasión que lo llevó a buscar a Dios, grande e inaccesible. La fe en Cristo le hizo comprender que en realidad Dios no estaba tan lejos como parecía. Se había hecho cercano a nosotros, convirtiéndose en uno de nosotros. En este sentido, la fe en Cristo llevó a cumplimiento la larga búsqueda de Agustín en el camino de la verdad. Sólo un Dios que se ha hecho 'tocable', uno de nosotros, era realmente un Dios al que se podía rezar, por el cual y en el cual se podía vivir.

Es un camino que hay que recorrer con valentía y al mismo tiempo con humildad, abiertos a una purificación permanente, que todos necesitamos siempre. Pero, como hemos dicho, el camino de Agustín no había concluido con aquella Vigilia pascual del año 387.

2. Al regresar a África, fundó un pequeño monasterio y se retiró a él, junto a unos pocos amigos, para dedicarse a la vida contemplativa y al estudio. Este era el sueño de su vida.

En este momento estaba llamado a vivir completamente para la verdad, con la verdad, en la amistad de Cristo, que es la verdad. Un hermoso sueño que duró tres años, hasta que, contra su voluntad, fue consagrado sacerdote en Hipona y destinado a servir a los fieles. Ciertamente siguió viviendo con Cristo y por Cristo, pero al servicio de todos. Esto le resultaba muy difícil, pero desde el inicio comprendió que sólo podía realmente vivir con Cristo y por Cristo viviendo para los demás, y no simplemente para su contemplación privada.

Igualmente, desistiendo a una vida consagrada sólo a la meditación, Agustín aprendió, a menudo con dificultad, a poner a disposición el fruto de su inteligencia para beneficio de los demás. Aprendió a comunicar su fe a la gente sencilla y a vivir así para ella en aquella ciu-

dad que se convirtió en su ciudad, desempeñando incansablemente una actividad generosa y pesada, que describe con estas palabras en uno de sus bellísimos sermones: “Continuamente predicar, discutir, reprender, edificar, estar a disposición de todos, es una gran carga y un gran peso, una enorme fatiga” (s. 339,4). Pero cargó con este peso, comprendiendo que precisamente así podía estar más cerca de Cristo.

3. Última etapa en el camino de Agustín, una tercera conversión: la que lo llevó a pedir perdón a Dios cada día de su vida. Al inicio, había pensado que una vez bautizado, en la vida de comunión con Cristo, en los sacramentos, en la celebración de la Eucaristía, iba a llegar a la vida propuesta en el Sermón de la montaña: a la perfección donada en el bautismo y reconfirmada en la Eucaristía. Agustín en la última parte de su vida vislumbró que no era verdad lo que había dicho en sus primeras predicaciones sobre el Sermón de la montaña: es decir, que nosotros, como cristianos, vivimos ahora permanentemente este ideal. Sólo Cristo mismo realiza verdadera y completamente el Sermón de la montaña.

Nosotros siempre tenemos necesidad de ser lavados por Cristo, que nos lava los pies, y de ser renovados por él. Tenemos necesidad de una conversión permanente. Hasta el final necesitamos esta humildad que reconoce que somos pecadores en camino, hasta que el Señor nos da la mano definitivamente y nos introduce en la vida eterna.

Con esta actitud de humildad profunda ante el único Señor Jesús lo introdujo en la experiencia de una humildad también intelectual. Agustín, que es una de las figuras más grandes en la historia del pensamiento, en los últimos años de su vida quiso someter a un lúcido examen crítico sus numerosísimas obras.

Surgieron así las *Retractationes* (Revisiones), que de este modo introducen su pensamiento teológico, verdaderamente grande, en la fe humilde y santa de aquella a la que llama sencillamente con el nombre de *Catholica*, es decir, la Iglesia. He comprendido -escribe preci-

samente en este originalísimo libro (retract. 1,19,1-3)- que uno sólo es verdaderamente perfecto y que las palabras del Sermón de la montaña sólo se realizan totalmente en uno solo: en Jesucristo mismo. Toda la Iglesia, por el contrario -todos nosotros, incluidos los Apóstoles-, debemos rezar cada día: Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Agustín, convertido a Cristo, que es verdad y amor, lo siguió durante toda la vida y se transformó en un modelo para todo ser humano, para todos nosotros, en la búsqueda de Dios.

Asimismo, hoy, como en su tiempo, la humanidad necesita conocer y sobre todo vivir esta realidad primordial: Dios es amor y el encuentro con Él es la única respuesta a las inquietudes del corazón humano, un corazón en el que vive la esperanza -quizá todavía oscura e inconsciente en muchos de nuestros contemporáneos-, pero que para nosotros los cristianos creyentes abre ya hoy al futuro, hasta el punto de que san Pablo escribió que “en esperanza fuimos salvados” (Rm 8,24).

En un escrito fuertemente hermoso, Agustín define la oración como expresión del deseo y afirma que Dios responde ensanchando hacia Él nuestro corazón. Por nuestra parte, debemos purificar nuestros deseos y nuestras esperanzas para acoger la dulzura de Dios (Io. eu. tr. 4,6). Sólo ella nos salva, abriéndonos también a los demás.

b. Felicidad en Dios

Hay quienes se imaginan a un Dios triste o enojado, gris o apático, pero más que eso Él es majestuoso y lleno de felicidad y como su felicidad no depende de nada ni nadie es el único que la puede conceder a sus criaturas. La felicidad verdadera es un regalo de Dios. Tú has puesto en mi corazón más alegría que en quienes tienen trigo y vino en abundancia. Al hombre que le agrada, Dios le da sabiduría, ciencia y gozo.

La felicidad según la Biblia está determinada por la relación que se tenga con Dios por medio de la fe y la obediencia que se tenga a sus mandamientos. Entonces la felicidad es vista como un regalo dado por Dios a sus hijos. Esto no ignora que haya personas que temporalmente gocen de las cosas de esta vida, que vivan de fiesta, que tengan satisfechas las necesidades físicas y emocionales, sino que quiere decir que si existe un Dios justo y bueno Él está al tanto de los seres humanos para darle a cada uno conforme a sus obras dicha y esperanza, pero no la dará a quienes no la merecen.

En Agustín la felicidad que se vive procede del amor que se da, pues haz lo que debes hacer y hazlo bien. “Lo que amas eres” (ep. Io. 2,14). Esta es la única forma para alcanzar la perfección. La medida del amor es el amor sin medida. El camino a la felicidad está en Dios, dentro de nosotros. Solo hace falta que aclamemos: “¡Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti!” (conf. 1,1,1). Con estas palabras de las Confesiones que se han hecho famosas en Agustín, se dirigen a Dios, y en ellas está el compendio de toda su vida. La tranquilidad reside en los gustos y no en las cosas; somos felices cuando tenemos lo que nos gusta y no cuando tenemos lo que los demás encuentran agradable.

Sabemos que su experiencia de la felicidad plena la encontró en Dios, la Verdad misma que daría sentido a sus interrogantes. En el interior del hombre existe un afán de felicidad y de realización, que es parte de la naturaleza humana.

En esa búsqueda de la verdad leyó también las epístolas del Apóstol Pablo, a través de las cuales descubrió la afirmación de que sólo la gracia de Cristo puede salvar al hombre, doctrina que constituye otro de los pilares de su pensamiento. Se aproximaba cada vez más al cristianismo. Da la marcha a su vida nueva, a su conversión.

La búsqueda intelectual y espiritual lo trasladó al borde de una crisis alterada. En el 386, cuando estaba en su jardín inmerso en un estado de angustia, oyó la voz de un niño invitándole a leer: *Tolle, lege* (Toma

y lee), lo cual descifró como un mandato divino para que se acercara a las Escrituras.

Al finalizar el verano de ese mismo año, poco después de su conversión religiosa, Agustín se retiró a la quinta de Casiciaco, renunciando a la enseñanza y al matrimonio. En este lugar, cercano a Milán y propiedad de su amigo Verecundo, profesor como él, adoptó una forma de vida ascética, acompañado por su madre, su hijo y sus parientes y discípulos Alipio, Trigedio y Licencio. El retiro a Casiciaco le permite dedicarse al estudio y a la conversación.

Como fruto de estas conversaciones son sus primeras obras filosóficas, conocidas por el nombre genérico de “Diálogos de Casiciaco”: *Contra los académicos*, *Sobre la vida feliz*, *Sobre el orden* y los *Soliloquios*, en las que nos muestra cuáles eran sus preocupaciones en esta época (la verdad, la felicidad en la filosofía, el orden de la Providencia en el mundo y el problema del mal).

La experiencia de Casiciaco marca para Agustín la etapa en la que construye las respuestas a muchas de las preguntas de su juventud; es el momento de recorrer los propios pasos y de ajustar cuentas con las diferentes fuentes de las que hasta el momento había bebido. Es así que surge la exigencia de ordenar lo aprendido.

Después de la experiencia de Casiciaco el grupo regresa a Milán y, durante la Vigilia pascual, según la costumbre de la época, Agustín, a la edad de treinta y tres años, fue bautizado por el obispo san Ambrosio, junto a Alipio y su hijo Adeodato. Al finalizado el verano embarca definitivamente con destino a África y se instala en Tagaste, con Adeodato, Alipio, y otros compañeros. Hasta el año 391 permanece allí, llevando una vida en comunidad, austera y entregada al estudio y a la oración.

Concluye las obras iniciadas en Roma y comienza un fructífero período de composición de escritos. Destaca el diálogo *De Magistro*, cuyo objeto es mostrar al verdadero maestro interior, Cristo, y tam-

bién el tratado *De vera religione*, sobre las relaciones entre la fe y la razón. Redacta respuestas a cuestiones que le empezaban a plantear no sólo sus compañeros sino también habitantes de otras ciudades cercanas pues su fama iba en aumento.

En Agustín revelamos la verdadera conversión, si das la espalda al final, no la lograrás jamás: La conversión. El tener a Dios como destino final. Obviamente, es el Señor quien nos socorre y nos salva de nuestra ignorancia de su voluntad, de nuestra incapacidad de cumplir sus mandamientos. “Dios no toma en consideración tus talentos, sino tu disponibilidad” (s. 18). Cuando el Señor nos mira, aunque ve nuestros pecados, ve también aquello en lo que nos convertirá por su gracia. Aunque Él se hizo hombre, en realidad obraba nuestra alabanza.

Nuestra vida toda a partir del instante en que nacemos hasta el momento en que morimos, es un proceso de enseñanza aprendizaje. Esto es lo que Dios le manifiesta a Agustín de Hipona, después de su conversión: tú te transformarás en mí. O como dice el Apóstol Pablo: “Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20). “De poco sirve decir la verdad con los labios y no con el corazón y está ya claro cómo la satisfacción de todos los deseos es la felicidad, que no es una diosa, sino un don de Dios” (ciu. 5).

5. Camino itinerante de Agustín

Agustín es un caso curioso en la historia. Vagó perdido durante décadas, sin ser capaz de ligarse firmemente a unas creencias, valores y principios que dieran sentido a su vida. En cambio, optó por una presencia cargada de placeres que, lejos de hacerle feliz, le llevó a la más absoluta desesperación.

De momento todo cambió con la fe cristiana y con su camino itinerante. Armado con ellas su vida dio un vuelco, convirtiéndose en uno de los pensadores más significativos y determinantes de su época. Su vida es un maravilloso ejemplo del enorme peso que pueden tener en

nuestro futuro la filosofía, la retórica y la pedagogía que poseemos y los valores que la sostienen; por eso Agustín invita a que “Crean lo que aprenden, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan”.

En aquellos primeros años, la familia disfrutaba de relativos bienestares, razón por la cual el pequeño Agustín pudo disfrutar de una buena educación. Pero la mala fortuna hizo que su situación económica empeorara en esos años, de manera que tuvieron que retornar a Tagaste cuando Agustín era un adolescente, dedicándose a “disfrutar la vida”, es decir: al ocio puro y duro.

Su vida es un maravilloso ejemplo del enorme peso que pueden tener en nuestro futuro la filosofía, la retórica y la pedagogía que poseemos y los valores que la sostienen; por eso Agustín invita a que “Crean lo que aprenden, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan”.

En este camino itinerante de Agustín, hay una cuestión que llama bastante la atención ¿Es, pues, imposible enseñar? ¿Es posible, sobre todo, aprender? El alumno aprendería sirviéndose de las palabras, de los demás signos y de los objetos que se exponen en el aula. ¿Y el maestro? El que enseña. Él sería directamente la ocasión de que el alumno asimilara. Pero esto, comunicar la inteligencia del alumno, despertarla a la verdad, es algo tan significativo, que, aunque el maestro exclusivamente desenrolle una función, sin duda secundaria, haría algo cuyo valor se sustrae a toda medida humana.

En la cultura de la enseñanza como en otras formas de comunicación se trata de crear comunidad, se hace necesario por tanto una puesta apuesta en común. Claro que los obstáculos y las resistencias que puede presentar un grupo son múltiples: una suerte de desconocimiento arraigado, escasos recursos léxicos, rebeldía posadolescente, desorientación, falta de educación y ubicación, defensas, miedos e inseguridades. Se hace primordial una organización pautada, plantear desde el inicio visiblemente las reglas de juego, crear pactos, acuerdos, compromisos, comuniones: definir estrategias claras, la

distribución de roles, la utilización del espacio, la modalidad y condiciones de cursada, los objetivos, presentar un plan de trabajo y una planificación académica acorde.

Que el maestro entregue la ciencia hecha sabiduría, hecha proyecto de vida al estilo de Jesús de Nazaret; como aquellos maestros que con su trabajo, responsabilidad y compromiso no le sobra tiempo, le falta incontable, ellos son los que acompañan, custodian, sirven, salvaguardan y conquistan a sus alumnos. Se convierten en sus líderes y motivadores de sus vidas.

En el momento y como ejemplo pensemos en lo que hace Jesús, el maestro: Él viene siempre a sostenernos en nuestra debilidad y esto lo hace con un don especial: el don de fortaleza.

En las Escrituras hay una parábola, relatada por Jesús, que nos brinda el valor de este don de la fortaleza, el sembrador:

“ Un sembrador salió a sembrar; sin embargo, no toda la semilla que esparció dio fruto. Lo que cayó al borde del camino se lo comieron los pájaros; lo que cayó en terreno pedregoso o entre abrojos brotó, pero inmediatamente lo abrasó el sol o lo ahogaron las espinas. Sólo lo que cayó en terreno bueno creció y dio fruto” (Mc 4,1-20).

Jesús mismo explica a sus discípulos la pedagogía de la parábola, el sembrador representa al Padre, que esparce abundantemente la semilla de su Palabra. La semilla, sin embargo, se encuentra a menudo con la aridez de nuestro corazón, e incluso cuando es acogida corre el riesgo de permanecer estéril. Con el don de fortaleza, en cambio, el Espíritu Santo libera el terreno de nuestro corazón, lo libera de la tibieza, de las incertidumbres y de todos los temores que pueden frenarlo, de modo que la Palabra del Señor se ponga en práctica, de

manera auténtica y gozosa. Es una gran ayuda este don de fortaleza, nos da fuerza y nos libera también de muchas dificultades.

Esta parábola nos muestra una actitud pedagógica de Jesús, utilizando comparaciones para hablar del reinado de Dios y generando preguntas y conflictos entre sus oyentes, para ayudarnos a intuir el misterio del Reino. Si nuestro corazón está abierto a ese misterio tendremos “oídos para oír”, si nos cerramos al misterio nuestro esfuerzo por entender y por ver será inútil.

Esta parábola, tal vez tan conocida, no deja de interpelarnos y sacarnos de nuestra zona de confort. Nos invita a comprender la generosidad de Dios, que siembra el Reino sobre todo tipo de superficie. La superficie por sí misma puede dar o no frutos, pero está en cada oyente dejar que esa Palabra crezca y produzca buenos resultados. Que hoy nos demos cuenta de lo que hay en nosotros de camino, de terreno pedregoso, de terreno con espinas, para poder ir transformándolo en esa tierra buena que se abre a esa semilla y produce fruto.

Agustín después de tantas luchas y de estar ya con Cristo, dice: “Hay que sembrar, poner en práctica todos los consejos que Cristo mismo nos ha dado. Después Dios dará los frutos”. Él viene siempre a sostenernos en nuestra debilidad.

Si queremos que la semilla dé el fruto más abundante hay que poner en práctica todos los consejos que Cristo mismo nos ha dado. Y, lo primero es acogerla todos los días, preservarla contra las manos del maligno, e ir la cuidando todos los días, hasta que dé su fruto. Hay que dar el cien por ciento de los frutos que Dios quiere de nosotros, así estaremos más cercanos a la felicidad.

Agustín, enseñaba: “Sé grande en las cosas grandes, pero no seas pequeño en las cosas pequeñas” (s. 213). Por eso es incuestionable que ante la cuestión de Agustín de Hipona ¿Es, pues, imposible enseñar? Su contestación es armoniosa de inmediata, es posible, sobre todo, aprender. Sí, claro, “cada hombre es lo que ama” (De Dib. Quaest. 83),

en donde Agustín meramente enseña el quehacer del maestro que enseña con alegría a sus discípulos y revela el valor de la paciencia, de una paciencia para tolerar, comprender, padecer y soportar los contratiempos y las advertencias con fortaleza y por ende sin lamentos; esto es posible porque uno aprende a actuar acorde a cada circunstancia, moderando las palabras y la conducta en esos momentos.

6. Su paso filosófico

Dentro de los nombres que se escriben con grandes letras en el pensamiento cristiano está el de Agustín de Hipona, más conocido como Agustín, considerado el pensador más importante desde la Antigüedad hasta bien entrada la Edad Media. La comunicación de los primeros pensadores cristianos con la filosofía fue confusa. Mientras unos mostraron su hostilidad hacia la filosofía, considerándola enemiga de la fe, otros vieron en la filosofía un arma para defender con la razón sus creencias religiosas.

Las peculiaridades de la filosofía griega, que los latinos no hacen sino seguir, no permitían una fácil síntesis entre ambas. El esbozo griego del tema de Dios, por ejemplo, se limitaba a su interpretación como inteligencia ordenadora, como causa final, o como razón cósmica, tal como aparece en Anaxágoras, Aristóteles y los estoicos, respectivamente.

Asimismo, los creyentes, por Dios concebirán un ser providente, preocupado por los asuntos humanos; un ser encarnado, que adopta la apariencia humana con todas sus consecuencias; un ser Creador, Omnipotente, Único, pero también Paternal. Y, resulta difícil, por no decir imposible, encontrar tal visión de Dios en ningún filósofo griego.

Sin menor problema representa la adecuación de la noción de verdad del cristianismo a la de la filosofía griega; el origen divino de la verdad hace, para los cristianos, de su verdad, la verdad, a secas. Esta

postura difícilmente se puede reconciliar con la tendencia griega a la racionalidad y su aceptación de los límites del conocimiento.

Igualmente en la cuestión del hombre se parte de concepciones distintas; para los cristianos el hombre ha sido hecho a imagen de Dios y, dotado de un alma inmortal, su cuerpo resucitará al final de los tiempos (lo que supone una concepción lineal de la historia, opuesta a la concepción cíclica de los griegos), uniéndose a aquélla, siendo juzgado y mereciendo una recompensa o un castigo por su conducta (lo que supone las nociones de culpa o pecado y arrepentimiento o redención).

Con estas dificultades, los pensadores creyentes hallan con el platonismo (y con el neoplatonismo, pero también con algunas teorías estoicas) algunas coincidencias que les alientan a inspirarse en dicha corriente filosófica para justificar, defender, o meramente comprender su fe. Con ellas, alcanzan a subrayar el dualismo platónico, con la distinción de un mundo sensible y un mundo inteligible, y la explicación de la semejanza entre ambos a partir de las teorías de la imitación o la participación; la existencia del demiurgo, entidad configuradora del mundo sensible, (lo que, para los cristianos, lo acercaba a la idea de creación); y la idea de Bien, como fuente de toda realidad, identificada con la idea de Uno, lo que se interpretaba como una afirmación simbólica del monoteísmo y de la trascendencia de Dios.

Con respecto al hombre, la afirmación de su composición dualista, alma y cuerpo, y la afirmación de la inmortalidad del alma se consideraron apoyos sólidos para la defensa de las creencias cristianas; pero también la afirmación platónica de un juicio final en el que se decide el posterior destino de las almas, aunque chocaran con el platonismo tanto la afirmación cristiana de la resurrección de los cuerpos como la de la creación del alma, inmortal, sí, pero no eterna.

Cuando Agustín emprende la elaboración de su síntesis filosófica parte ya de una previa adaptación de la filosofía al cristianismo realizada por los pensadores cristianos de siglo III, esencialmente. En su

obra analizará los distintos sistemas filosóficos griegos mostrando una especial admiración por Platón (pese a que, al parecer, sólo conocía el Fedón y Timeo), recibiendo una fuerte influencia del neoplatonismo, así como del estoicismo, del que aceptó numerosas tesis, aclarándonos, de este modo las influencias recibidas.

No obstante, el epicureísmo, el escepticismo y el aristotelismo serán objeto de rechazo. La magnitud, la profundidad y, no obstante, la novedad de su obra le convertirá en el pensador más relevante del cristianismo, ejerciendo una influencia continuada a través de los siglos en el ámbito del cristianismo.

Agustín en sus Confesiones se presenta fatigoso y cansado del murmullo del mundo, dice: “Peregrino y enfermo vuelvo a ti, Dios mío, cansado de peregrinar fuera, y agobiado por el peso de mis males. He experimentado que lejos de tu presencia no hay refugio seguro, ni satisfacción que dure, ni deseo que dé fruto, ni bien alguno que sacie los deseos del alma que creaste. Aquí estoy, pobre y hambriento. ¡Dios de mi salud! Ábreme las puertas de tu casa: perdóname, recíbeme, sáname de todas mis enfermedades, úngeme con el óleo de tu gracia, y dame el abrazo de paz que prometiste al pecador arrepentido. ¡Oh Verdad! ¡Oh belleza infinitamente amable! ¡Qué tarde te amé, hermosura siempre antigua y siempre nueva! ¡Qué tarde te conocí! ¡Qué desdichado fue el tiempo en que no te amé ni conocí!” (conf. 10).

Concluyamos con esta alabanza que Agustín saca de lo más profundo de su corazón para seguir buscando a Dios:

El Deseo de Dios

Conf. 1,5,5.

*Oh Señor, ¿cómo podría yo descansar en ti?,
¿cómo podría conseguir que vengas a mi
corazón y lo embriagues;
para que me olvide de todos mis males
y me abrace a ti, mi único Bien?*

¿Qué eres tú para mí?
No te enojés y déjame hablar: ¿qué soy yo para ti,
para que me mandes que te amé, y, si no lo hago,
te disgustes conmigo
y me amenaces con grandes desgracias?
¿Es que no es suficiente desgracia el no amarte?
¡Ay de mí! Por lo que más quieras, dime:
¿qué eres tú para mí? Díselo a mi alma: Yo soy tu salvación.
Pero, ¡díselo de modo que yo lo oiga!
Señor, ahí tienes, delante de ti,
los oídos de mi corazón.
Ábrelos y dile a mi alma: Yo soy tu salvación.
Entonces yo saldré disparado tras esa voz
y te daré alcance.
¡No me escondas tu rostro!
¡Muera yo para que no muera mi alma
y pueda así verte! Amén.

